

A propósito del Arbol de la lluvia, de que doy cuenta al principio, creo oportuno insertar á continuación un artículo escrito por el Prof. Guillermo Gándara, inteligente y laborioso naturalista, quien me ha substituido dignamente en la clase de Botánica, de la Escuela N. de Agricultura y Veterinaria.

## EL ÁRBOL DE LA LLUVIA.

Marión, en su obra «Las maravillas de la vegetación» (1866), cuenta que en la Isla del Fierro (Canarias) hubo un árbol que destilaba agua en tal cantidad, que semejando una lluvia, se recogía á su pie en un foso circular de donde se proveían de agua potable los habitantes de la región.

Agrega que Cardan confirmó el hecho, que Bacon lo negó y que Abren-Galindo se cercioró del fenómeno describiendo el árbol del modo siguiente: tronco de 12 palmos de circunferencia, 4 de diámetro, 30 ó 40 pies de altura, 120 pies de sombra; las ramas abiertas y divididas; su fruto un glande con capuchón; hojas perennes y familia como la del laurel. Explicó el fenómeno diciendo, que por la mañana los vapores y las nubecillas se elevan del mar y son llevados por los vientos hacia unos peñascos que los detienen. Los vapores se acumulan sobre el árbol que las absorbe, y el agua escurre gota á gota sobre las hojas lustrosas. Los zarzales, las hayas y arbustos que se hallan en el paraje, destilan agua de la misma manera.

También dice, que Dopper, narró que á dicho árbol le llamaban los indígenas «árbol santo» y uno de éstos lo cuidaba y distribuía el líquido á los demás; y que cuando los europeos conquistaron la Isla, los indígenas lo ocultaron y se hubieran retirado sin conocerlo, á no ser por una mujer que reveló á un soldado su existencia.

Añade que Borg de Saint Vincent lo llamó *Laurus indica* y Roulin, *Laurus foeteus*; pero que el árbol ya no existe porque desde el siglo XVII un huracán lo derribó sin haber dejado descendencia.

Termina diciendo, que aunque los excépticos hayan negado la existencia de dicho árbol, nada tiene de particular el fenómeno, porque los árboles obran como alambiques, destilando por su acción refrigerante los vapores contenidos en la atmósfera.

\*  
\*\*

Hace por lo menos 5 años, que avisado el Sr. Dr. Manuel M. Villada por un amigo suyo de la existencia de un árbol que llovía, en la costa de Veracruz, por la Barra de Nautla, emprendió el viaje á ese punto el mencionado naturalista para cerciorarse del fenómeno y disponer desde luego un artículo que lo explicara; mas su viaje fué inútil porque aunque se le aseguró que estuvo al pie del árbol referido, nada vió acerca de la lluvia. Entonces le dijeron sus guías, que era probable que sólo se apreciaba el fenómeno en determinadas épocas del año. El Sr. Doctor sólo pudo averiguar que el árbol que se le señaló como productor de lluvia era del género *Ficus*.

En 1911 «La Iberia», órgano de la colonia española de la Capital, publicó el aviso del descubrimiento de un árbol que llovía, en el Perú, llamado Tamacaspí y excitó á los agricultores del país á importarlo para aprovecharse del agua que produjera. Parece que por este periódico ó por otros sudamericanos, llegó esta noticia á España, el caso es que una persona radicada en Palestina (Asia occidental) ha escrito á un empleado de la Estación Agrícola Central de México, preguntando si en esta República existe el árbol de la lluvia llamado Tamacaspí, pues que vió en «La España moderna» datos acerca de esta maravi-

llosa planta y no faltan interesados en cultivarla para que como rico y abundante manantial de perennes y cristalinas aguas inunde sus áridas campiñas.

Voy á decir lo que sé respecto del asunto que me ocupa:

En 1909 hube de desempeñar una comisión del Gobierno en Jamiltepec, Estado de Oaxaca. Para llegar á este lugar, fue preciso desembarcar en la costa bruta, en un punto llamado Minizo distante 30 kilómetros aproximadamente de la Cabecera del Distrito mencionado. Desde Minizo hasta la ranchería llamada la Boquilla de Aguaverde, es un terreno plano y arenoso, sembrado aquí y allá de más ó menos elevadas colinas, cubiertas de muy espesos arbustos, y sembrados los planíos de fertilísimo algodón; pero de este punto á la garganta de la cordillera de Huaxolotitlán (ameno pueblo que está debajo de un bosque de cocoteros), el camino aprovecha para encumbrarse las inclinadas cañadas que se forman con las derivaciones de la cordillera; en este trayecto la vegetación es tan exuberante como la de la costa de Veracruz, aunque más salvaje y desconocida; el camino es casi el lecho de uno de tantos riachuelitos de poca agua que lavan todo el año la montaña y raras veces el viajero recibe la luz del sol por impedirlo el alto y espeso ramaje de tantos árboles colosales como por ahí se encuentran. Poco antes de llegar á la garganta mencionada, fui invitado á tomar un baño en una poza hecha por una caída de agua de 5 metros de altura. Aquel lugar era un encanto, pues por todos lados aparecían á la vista paisajes distintos con todas las bellezas de la poesía. El cielo estaba limpio de nubes y su hermoso color azul parecía un poco obscuro. Desnudo ya y dispuesto á sumergirme, como á 10 metros distante de la cascada, noté una menuda lluvia en el cuerpo que al principio me parecieron gotas del chorro, salpicadas; mas fué grande mi admiración cuando al retirarme lo suficiente del lugar del baño, vi descender agua en forma de menuda lluvia, del follaje de un frondoso y elevado amate. Vino entonces á mi mente la cuestión del árbol de la lluvia y creí desde luego estar en presencia de tan maravilloso fenómeno.

Inmediatamente se me ocurrió examinar las hojas de donde se desprendía la lluvia y valido de una larga cuerda, lacé una rama que pronto vino á mi poder: las hojas nada presentaban que pudiera indicar la producción del líquido. Con la tentación de la duda que me hizo sufrir más que los piquetes de los mosquitos, arreglé mi cabalgadura y proseguí la ruta. En otros parajes y debajo de los amates (*Ficus*) encontré mojado el suelo y pude percatarme nuevamente de la lluvia que en estas veces era más copiosa. Algunos días más tarde de haber llegado á Jamiltepec y después de madurado proyecto, me resolví por fin á estudiar el fenómeno con toda la abnegación posible. Armado de cuerdas, palos y escalera trepé prudentemente á un amate que llovía, hasta poder observar las ramas más delgadas y ahí encontré una buena cantidad de insectos pegados á la corteza de los ramillos más tiernos, que arrojaban continuamente por el ano, al compás de un repiqueteo de telegrafista, unas gotitas de agua cristalina que lanzaban al espacio. Ahí pude observar también, que cuando una nube pasaba refrescando el ambiente en esa atmósfera calurosa de un clima como el del Sur de Oaxaca, la lluvia se suspendía.

Colecté los insectos y al estudiarlos noté que eran Hemípteros del género *Homalodisca*. En la Oficina de Entomología de Washington se determinó que eran de la especie *coagulata* de Say y que en algunos puntos de Texas y la Louisiana, suelen atacar al algodón.

Museo Nacional de Historia Natural. Octubre de 1912.

*Manuel M. Villada.*